

Revista Chilena de Humanidades, N° 16, 1995, 113-133
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile, Santiago, Chile

*La guerra de Arauco,
un proceso de aculturación en la sociedad
mapuche (siglos XVI y XVII)*

Luz María Méndez Beltrán

Universidad de Chile

ABSTRACT

This article studies the Araucanian War as an historical-cultural process which because its century-long duration (1550-1665) provided an environment for the clash between two cultures: the Spanish and the Mapuche. Both societies, linked by a common character, that of being warriors, entered a process of transculturation. The social contact went beyond some essential aspects of the Mapuche culture, upsetting some traditional elements such as work, cooking, clothing, physical appearance and other elements tied to crossbreeding.

Este trabajo tiene como propósito visualizar la Guerra de Arauco como un proceso histórico-cultural, que por su extensión temporal de una centuria (1550-1655) constituyó un ámbito de acción que permitió el choque y encuentro de dos culturas: la española y la mapuche. En este proceso, consideramos que ambas sociedades, ligadas por un carácter común, cual es el de ser guerreras en esa época, entraron en procesos de aculturación, vale decir, incorporaron elementos culturales a modo de préstamos en un comienzo y de adopción posteriormente.

La Guerra de Arauco implicó para la sociedad mapuche, desde el punto de vista de su mentalidad tanto un reforzamiento de la tradición y de su identidad como pueblo, como también algunos cambios en lo que se refiere a aspectos relacionados con sus propios valores, su religión, o la educación de sus descendientes. Pero ese mismo caso bélico, también influyó en distinto grado para iniciar un proceso de aculturación en otros aspectos de la sociedad. Algunos de ellos han sido señalados por autores como Alvaro Jara y Nathan Wachtel, como son la adopción del armamento y las tácticas bélicas españolas, de alimentos y ganado de procedencia euroasiática. ⁽¹⁾

En esta ocasión se tratará de precisar con algunos ejemplos, que el contacto social trascendió a otros aspectos esenciales de la cultura mapuche, trastrocando elementos tradicionales, los que se analizarán a través de temas como: el trabajo, la cocina, el vestuario, el aspecto físico y el mestizaje.

Nuestro interés por profundizar en la aculturación producida se proyecta a comprender mejor un proceso en que se ha enfatizado lo bélico, que sin desmerecerlo, es posible estudiarlo en sus características culturales más profundas, y explicar la situación previa a las relaciones fronterizas pacíficas que predominaron en el siglo XVIII ⁽²⁾.

Tenemos presente, que los procesos históricos son complejos, a veces evidentes y otras veces sutiles, y que existen muchos componentes culturales, sociales y económicos que caracterizaron el origen de nuestra cultura chilena, los cuales emergen desde ese proceso de aculturación inicial entre los aborígenes y españoles.

⁽¹⁾ Alvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile y otros temas afines*, Edit. Universitaria, 1984 (Primera Edición en Francia en 1961). pp. 72 a 82; y Nathan Wachtel, *Los vencidos, los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Alianza, Universidad, 1976 (Primera edición en Francia en 1971). pp. 302 a 308: El primer autor precisa la adopción que hicieron los mapuches de la Araucanía del armamento y de algunos alimentos europeos como el trigo, y el uso del caballo, pero su énfasis teórico está puesto en el aspecto bélico de la sociedad conquistadora. Wachtel recoge esas ideas y las inserta en su formulación teórica de la aculturación. Nuestra comprensión del tema permite enfatizar que el encuentro pacífico y bélico entre ambas sociedades produjo una aculturación y dislocación en algunos aspectos del mundo material y espiritual tanto de los mapuches como de los españoles.

⁽²⁾ En estudios previos la autora profundizó en el estudio de la región de la Araucanía y su transformación de un espacio de guerra en uno de frontera que se tradujo en el predominio de las relaciones pacíficas entre 1655 y 1810. Véase L.M. Méndez «La organización de los parlamentos de indios en el s. XVIII», en *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1982. Ahí precisamos el trasfondo de intercambio y aculturación. pp. 109, 172 y 173.

En otro trabajo reciente precisé la aculturación en el léxico espacial usado en la Araucanía en los siglos XVII y XVIII, véase: «La población indígena, su distribución espacial y el proceso de aculturación en la Araucanía (s. XVII y XVIII), el recuento de 1796». En *Memoria Americana* N° 3, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas y Letras, Buenos Aires, 1994.

LOS CONCEPTOS

La Guerra de Arauco implicó un contacto cultural entre sociedades diversas, contacto de mundos materiales y espirituales, organizados en funciones de valores distintos y propios a cada una de esas culturas, pues cada una de ellas constituyó un conjunto global con elementos propios y distintivos.

De ese contacto emergía la posibilidad múltiple de que se originara un proceso de transculturación definido por el choque, fusión o entronque cultural; o bien otro de aculturación, vale decir, la incorporación por parte de una sociedad de elementos propios de una cultura externa, no siempre dominante, pero que proporciona rasgos de valores espirituales y de bienes materiales. Esos préstamos culturales no implican una verdadera asimilación porque se mantiene el problema de la no fusión en un todo coherente.

En suma, se puede hablar de oposición, cambio y adopción, como productos del contacto entre culturas disímiles, como fueron la española y la mapuche. Pensamos que desde una perspectiva histórica amplia, es necesario abordar las permanencias, y también, los cambios y los préstamos culturales desde una doble perspectiva, vale decir: lo que cada cultura preservó y lo que la cultura hispánica aportó al aborigen, pero también el proceso inverso, lo que la cultura aborigen aportó a la hispánica. Este último aspecto permanece muy oscuro en la investigación actual, salvo el conocimiento de algunos temas como el traspaso de palabras mapuches al idioma castellano. Debido a esas carencias, nuestra exposición podrá explayarse por ahora, en los préstamos culturales hispánicos a la sociedad mapuche.

LOS ACTORES

Cabe preguntarse, aunque sea sumariamente, ¿cuáles eran las características y motivaciones de ambos grupos: de españoles y araucanos?, ¿por qué entraron en conflicto?

Los españoles se caracterizaron por ser guerreros, hombres de lucha por la dominación de territorios —tanto en España como en América— siendo considerados los mejores de Europa en su época, por su superioridad en el manejo bélico y por una gran destreza individual.

Los conquistadores de Chile, eran un grupo cultural en transición, con valores propios de la sociedad medieval y renacentista europea, que se traducían en individuos con anhelos de figuración personal, de obtención de riquezas, de servicio y vasallaje al rey de España, lo que unido a un acendrado espíritu religioso, les daba un sentido sobrenatural a la existencia y confianza en las acciones de la vida. Por otra parte, deseaban lograr una supervivencia

cómoda, un buen pasar, constituyendo un tipo de gran familia extensiva, compuesta por hijos, parientes amigos y criados. Esa actitud señorial y renacentista a la vez, exigía para su realización la acción militar que posibilitara su expansión y conquista de territorios, la dominación de la población indígena local, para así, afianzar el poder individual y de la sociedad española. Deseaban una dominación y colonización efectivas de los nuevos territorios.

Las tierras del sur de Chile los atrajeron por su buen clima y suelos aptos para el cultivo del trigo —con poco esfuerzo debido a su gran pluviosidad— elemento básico de su alimentación. También los motivó esa región por la existencia de minerales, especialmente el oro, contenido en las arenas de los ríos, que era imprescindible, en la época, como medio de pago para la adquisición de las manufacturas y bienes materiales europeos que debían importarse desde el Perú. Además, encontraron allí una área más densamente poblada de aborígenes, es decir, la mano de obra necesaria para las faenas agrícolas, el trabajo minero y la construcción de las viviendas que conformarían los núcleos urbanos. Todo lo cual, produjo un énfasis colonizador asociado a la riqueza, sintetizada en tierras, minerales y mano de obra.

Cuando ese afán expansivo y de señorío de la sociedad conquistadora se topaba con un límite, opuesto por la resistencia aborígen a la dominación, se producía la conversión de la ocupación plena de las tierras en una forma no estable, propia de una sociedad de frontera. Es decir, esta ocupación debía mantenerse a costa de la lucha armada que determinaba su avance o su retroceso.

Además, se debe considerar que este grupo conquistador numéricamente era exiguo; se ha calculado que entre 1541 y 1565, llegaron a Chile un total de más de tres mil quinientos conquistadores españoles y mestizos americanos, el cual se apoyaba en indios amigos o yanaconas para expandir su dominación ⁽³⁾.

Los mapuches que habitaban la región de la Araucanía, se los ha calculado en medio millón de habitantes. Entre el río Itata y el río Cruces, el territorio posee 6,4 millones de hectáreas, lo cual significa una densidad de 10.8 habitantes por hectárea, es decir, un habitante por kilómetro cuadrado, lo que se considera apropiado para la época ⁽⁴⁾.

Los lugares donde se concentraba la población mapuche estaban en relación directa con el tipo de recursos que ofrecía la naturaleza, en un paisaje boscoso, con recursos lacustres y marítimos. Estaban en una etapa de desa-

⁽³⁾ Sergio Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, Edit. Zig Zag, Santiago, 1983, vol. I, p. 125 y vol. II, p. 102. De una investigación sobre «La sociedad en la conquista de Chile», realizada con los profesores Sergio Vergara y Sonia Pinto, este autor pudo cuantificar un total de 3.506 conquistadores entre españoles y mestizos, siendo 2.692 hombres y 814 mujeres.

⁽⁴⁾ José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche: siglos XIX y XX*, Ediciones Sur, Santiago, 1985, p. 16.

rollo cultural que habían superado la condición de recolectores y empezaban a criar ganados de la fauna autóctona y a sembrar. Sus conocimientos les permitían desarrollar actividades de recolección, pesca, caza y algo de agricultura, las cuales eran la base de su economía. Su alimentación se basaba en los frutos silvestres, en los productos de la caza en el cultivo de la papa y del poroto pallar, que sembraban en los claros de los bosques y en las vegas de gran fertilidad y humedad. No hay testimonio de una producción agrícola de gran escala, ni sobre sistemas de guarda y de bodegas.

Las tierras pluviosas del sur, favorecían una agricultura, de gran fertilidad que no requería de cuidados especiales ni de tecnología avanzada. Por lo cual, gracias a la recolección y a esa agricultura, situada en las oquedades de los bosques, los mapuches podían subsistir perfectamente.

A la llegada de los españoles, los mapuches no habían experimentado el cambio hacia la total vida sedentaria; no estaban establecidos como comunidades agrícolas, por tanto, continuaban poseyendo grado de libertad para desplazarse.

Sin embargo, había en la Araucanía una población con sentimiento de lugar propio, de territorio, y con recursos de guerra (guerreros) para resistir a los invasores.

Era una sociedad que no enfrentaba la escasez, ni estaba sometida a la guerra permanente, por tanto su situación les permitía crecer como sociedad y desarrollarse biológicamente en forma apta para conformar familias y mantener hijos.

EL CONTACTO CULTURAL

Cabe preguntarse ¿cómo se produjo el contacto cultural entre ambas sociedades? Hasta ahora se pueden distinguir básicamente dos formas de respuestas a este contacto:

1) Tradición: ésta implicó un reforzamiento de la propia cultura frente a los valores y actitudes de la sociedad opuesta.

2) Aculturación: la adopción de elementos culturales ajenos, en la forma de préstamos culturales y su adaptación y reforzamiento.

Aplicando esos conceptos, la tradición se expresó en la vida mental o mentalidad, es decir, en las formas y estructuras del pensamiento y de los valores culturales propios que se refuerzan y resisten al cambio, por ejemplo, en la lengua que se mantiene y en la educación de los hijos, lo que producía el reforzamiento de sus propias creencias. En suma, la tradición fue el refuerzo a su identidad como pueblo y cultura.

La aculturación se produjo a través de la adopción de préstamos culturales, respecto a los elementos bélicos, caracteres físicos, al vestuario, a la cocina y productos alimenticios, al trabajo y mestizaje; pero también, en nociones de la religión católica en algunos de sus habitantes.

Sugerimos como hipótesis de trabajo plantear que el encuentro social pacífico y bélico produjo un proceso de aculturación y también una dislocación en el mundo material y espiritual, que nuevos estudios podrán precisar.

Procederemos a ejemplificar la aplicación de esas ideas en algunos aspectos de la realidad histórica.

EL TRABAJO INDÍGENA

Este tema ha sido abordado en general por la historiografía chilena percibiendo a través de las distintas fuentes diversos aspectos del trabajo indígena preferentemente en el siglo XVI ⁽⁵⁾.

No obstante, deseamos reflexionar en el significado que el trabajo tuvo para la sociedad indígena y, a la vez, destacar la falta de especificidad en los estudios, en lo que se refiere al trabajo en la Araucanía.

Es de todos conocido que las faenas mineras fueron la principal actividad económica que los conquistadores españoles desarrollaron en la Araucanía, instalando labores de extracción de oro en distintos ríos de la región, la historiografía ha precisado lugares, como los lavaderos de oro de Quilacoya en el curso inferior del río Bío Bío, en Villarrica, en Angol, Imperial y en el lugar de Ponzuelos en Osorno, y también ha podido cuantificar aproximadamente la producción y precisar el número de indios que trabajaron en esas faenas. Interesa por ahora conocer este aspecto porque nos permite abordar inicialmente el tema de la aculturación.

Los escasos datos indican que en Quilacoya sólo Pedro de Valdivia hizo trabajar a 800 indios en su encomienda, a los que habría que agregar los de otros conquistadores. Estos lavaderos, junto con los de Angol se mantuvieron hasta 1663, cuando un levantamiento de los indios provocó su destrucción y la muerte del gobernador; en 1558 se reanudaron las faenas, destinando el gobernador García Hurtado de Mendoza 600 indios de su propia encomienda, pero aquél distribuyó estacas entre los vecinos de Concepción; lo que permite presuponer la utilización de varios de miles de indios ⁽⁶⁾.

⁽⁵⁾ Alvaro Jara y Sonia Pinto, *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile. Legislación. 1546-1810*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1982, 2 vols.; y *Trabajo y salario indígena. Siglo XVI*, Editorial Universitaria, Santiago. En este último libro el autor reedita varios artículos anteriores sobre el tema del trabajo en el valle de Santiago.

⁽⁶⁾ Sergio Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, vol. II, pp. 12, 13, 17.

Se sabe de la existencia de ricos lavaderos de oro en Villarrica, también en el río Damas, afluente del Imperial, y en las localidades de Loncolmo y Relomo en Valdivia, los cuales aportaron muchos de miles de pesos de la época, convirtiendo a los vecinos de esas ciudades en los más ricos de Chile en el siglo XVI. Toda esa fortuna se generó con el trabajo de los indios.

En el trabajo minero participaron distintos tipos de indígenas, inicialmente yanaconas y mapuches de la región, luego, según el proceso histórico, se agregan otras tipologías, como los «indios de guerra», los «indios amigos», los «indios de paz encomendados y tributarios», los «indios esclavos».

Interesa en esta ocasión, reflexionar que todos esos grupos de indios fueron asimilados al sistema de trabajo. Esto significó la adaptación a una rutina laboral de varias horas y sostenida por varios meses, una organización laboral en cuadrillas al mando de capataces y, sobre todo, un adiestramiento en el manejo de los instrumentos mineros de la época.

Todos esos aspectos implican un grado de aculturación, fuera éste breve temporalmente o extendido a meses y años, lo cual provocó cambios culturales.

Entre los temas precisos que deseamos aludir, pues la historiografía ha hecho poco énfasis en ello, destacamos en lo laboral el manejo de los instrumentos mineros por varios miles de indios en el siglo XVI.

En el lenguaje minero de la época, los indios iniciaban las faenas, labrando la mina, es decir, trabajando la mina. El instrumento que usaban, una vez removida la tierra, era la batea, palabra castellana, probablemente de origen árabe, «batiya», «bandeja», «artesa», pero como este lexema designa un objeto americano, la palabra muestra un cambio semántico. Según el cronista Alonso de Góngora Marmolejo, en su *Historia de Chile*: «es batea un palo redondo, cavado al fondo de él, de manera que viene a quedar como una fuente de plata, así grande aunque más honda; con éstas sacan el oro en las Indias». Le nombraban chaya, del mapuche challa, olla de barro⁽⁷⁾.

También se ha usado históricamente otro instrumento, denominado «batea de lavador», que se usa hasta la actualidad en Malleco, el cual es un plato de madera grande y alargado que tiene en el fondo unos listones a modo de peldaños de escalera donde se junta el oro cuando se lava la tierra.

⁽⁷⁾ Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575* (Biblioteca de autores españoles, tomo CXXXI, Madrid, 1960, p. 101). Expresa este cronista: «También en aquel tiempo, junto a la ciudad de la Concepción, se hallaron unas minas muy ricas, que en las unas y otras traía ochocientos indios sacando oro, y para la seguridad de los españoles que en las minas andaban, mandó hacer un fuerte (Pedro de Valdivia), donde pudiesen estar seguros. Estando en esta prosperidad grande, le trajeron una batea grande llena de oro... En este tiempo los indios, viendo como los trabajaban en hacer casas y sementeras con sacar oro, cosas que no estaban en ello vezadas, pareciéndoles trabajos grandes y para ellos insufribles, trataron secretamente de se izar...»

La palabra batea se usa repetidamente en los documentos del siglo XVI, y está íntimamente asociada al trabajo indígena. El empleo de los indios araucanos y de los yanaconas en los lavaderos de oro, sin duda fue uno de los factores desencadenantes de la llamada Guerra de Arauco. Pero también, esa forma de trabajo, en nuestra opinión, inició un proceso de aculturación laboral en algunos sectores bien definidos de la región, como eran los situados en las cercanías de las ciudades que fundaron los españoles al interior del territorio araucano y que subsistieron durante cincuenta años aunque con un desarrollo desigual.

En la medida que disminuía el rendimiento aurífero de los lavaderos, en la década de 1570 a 1580 y se hacía evidente la crisis demográfica, la exigencia por una mayor mano de obra forzó a los españoles a obtenerla por la fuerza, a fin de enviar a los aborígenes a otros lugares lejanos, desencadenando, desde 1571, un proceso de esclavitud progresiva. Los araucanos fueron sacados de sus tierras y enviados a las minas y a las faenas de Santiago, La Serena e incluso a Lima y Potosí.⁽⁸⁾

La insurrección de 1598 implicó la destrucción de las ciudades hispánicas en la Araucanía y puso término a la permanencia dominante de los españoles en la región, muchos huyeron y otros fueron cautivos por los indios.

En la transición de los siglos XVI al XVII, todo se trastocó, tanto el mundo allí construido por los españoles como el antiguo mundo indígena. Las palabras del Padre Alonso de Ovalle sintetizan esta crisis:

«Vestíanse los indios de las vestiduras de los españoles en señal de triunfo; con que en una hora se volvió toda aquella república lo dentro de fuera, los españoles vestidos de indios y los indios vestidos de españoles; éstos sujetos y esclavos, obedeciendo a los indios como a sus señores y los indios mandando como amos y dueños; cada uno cautivó lo más que pudo, conforme a la buena maña que se dio en cogerlos y cargando cada cual con los suyos, se retiró a sus tierras, porque de las ciudades no hicieron caso sino para abrasarlas y consumirlas».⁽⁹⁾

Al apropiarse de elementos españoles, para realzar su triunfo, los mapuches también reforzaban su identidad. Se manifiesta un cambio en los atributos del poder para los indios.

El proceso bélico se reactivó con la creación del Ejército Real permanente que reemplazó al vecinal en 1603, y por esos años se decretó legalmente la esclavitud indígena, proceso ya estudiado, el cual significó, en nuestra opinión, una aculturación forzosa para los indios cogidos en la gue-

⁽⁸⁾ Alvaro Jara, *Guerra y sociedad en Chile*, op. cit. p. 151 a 177.

⁽⁹⁾ Alonso de Ovalle, *Histórica relación del Reino de Chile*, Instituto de Literatura Chilena, Santiago de Chile, 1969, p. 280.

rra y también la desestructuración de sus familias y de su mundo. Pero el proceso esclavista y bélico no logró aniquilar la sociedad mapuche, la que pudo pervivir y fortalecerse.

Cuando recrudecía la Guerra de Arauco y se iniciaban las primeras relaciones pacíficas formales a través del sistema de Parlamentos aplicado por el jesuita Luis de Valdivia, la corona modificó legalmente la condición del indio araucano. Por real cédula de Felipe IV de 17 de julio de 1622 contenida en la Recopilación de Leyes de las Indias, se declaró que los indios araucanos eran súbditos de la Corona bajo la condición especial de «Indios del Patrimonio Real», no sujetos a encomienda, ni al pago de tributos, ni al trabajo forzoso de las mitas. Quedaron considerados como hombres libres y en el aspecto laboral facultados para recibir salarios ⁽¹⁰⁾.

La intención de la Corona ya a principios del siglo XVII, era asimilar a los indios pacíficamente a través del trabajo, pero condicionados a ciertas faenas propias del Servicio Real, es decir para beneficio del rey, tales como: hacer fuertes y repararlos, aserrar maderas para los barcos con salario de un real diario, de mensajeros de correos entre los fuertes a medio real, ida y vuelta, y de barqueros en los ríos a ocho reales al mes y se consideró como obligación proporcionarles comida en los días de faenas ⁽¹¹⁾.

En la medida que avanzó la centuria, la incorporación de los indios fronterizos al trabajo fue haciéndose evidente en otras formas diversas a las esclavistas. Así, en 1673, para reconstruir a la ciudad de Concepción situada en Penco, luego de un sismo, se empleó mano de obra indígena usando el sistema de mitas. Primer testimonio encontrado en la frontera de ese estilo laboral. En 1679, el rey revoca la medida, pero en la práctica se prolongó, de modo que hacia 1692 en la documentación se hacía referencias al uso de mitas para «fabricar iglesias, edificar fuertes y reconstruirlos» ⁽¹²⁾.

El sistema de mitas se proyectó al siglo XVIII, agregándose en esa centuria el trabajo asalariado en faenas específicas. Pequeños grupos de indios trabajaron cortando maderas para reparar los navíos del virrey y cortando coligües para enviarlos a Lima ⁽¹³⁾.

Todo ello muestra un aprendizaje paulatino del mapuche de diversos sistemas de trabajo, que como proceso cultural se ha acentuado en este último siglo.

Pero los mapuches no sólo trabajaron para los españoles, también asi-

⁽¹⁰⁾ Luz María Méndez Beltrán, «El trabajo indígena en la frontera araucana de Chile», en *Jahrbuch für Geschichte von Lateinamerika*, band 24, Colonia, 1987, p. 219.

⁽¹¹⁾ id. pág. 220.

⁽¹²⁾ id. pág. 221 a 222

⁽¹³⁾ id. pág. 239 a 246

milieron formas laborales en otras tareas y actividades económicas, que beneficiaban a sus familias y clanes. Ya a principios del siglo XVII, observamos un proceso de mayor sedentarización caracterizado por la adopción de técnicas de cultivo y crianza de animales con los hábitos, usos y costumbres inherentes al trabajo. Aparecen actividades de pastores, con arreo y encierro de animales, especialmente de vacunos que ya se crían habitualmente en el sector indígena.

El cronista Pineda y Bascuñán expresaba: «encontramos algunas tropillas de vacas muy domésticas y mansas, con algunas crías que las fueron llevando a un huapo que así llamaban a cualquier rinconada que se hace en la montaña o algún estero y allí las encerraron y cogieron dos terneras». Encuentra, además «un hermoso valle cultivado» y «algunos levantados catres o barbacoas en que ponían las legumbres de porotos y maíces al tiempo de las cosechas» ⁽¹⁴⁾. También dice que los hombres ayudaban a las mujeres en las cosechas. El trabajo agrícola se tornaba comunitario y con celebraciones y festejos: «con grandes bailes, banquetes y entretenimientos» ⁽¹⁵⁾.

Los mapuches hacían sus chacras en septiembre, octubre y noviembre. En la casa de la siembra se juntaban 50 o más indios con arados y «huellos». Los hombres araban y las mujeres sembraban sin emplear animales. Esa agricultura la define el cronista, correspondiente a la gente de «tierra adentro», es decir, lugares muy apartados de los españoles. En las áreas más próximas a éstos, había actividades de guerra, con los recursos provenientes del saqueo y del robo a las estancias españolas con la táctica de la maloca, es decir, «la entrada y la salida». También los araucanos practicaban una «agricultura oculta», efectuando grandes roces en lo alto de los montes, manteniendo la selva virgen en las laderas, de modo que esos sitios fueron impenetrables pero recibían el sol para germinar los granos. Esto obligaba a los españoles a entrar profundamente en territorio araucano para encontrar los sembrados y destruirlos. Pero esa misma práctica imposibilitó a los españoles sustentarse a costa de las siembras indígenas ⁽¹⁶⁾.

⁽¹⁴⁾ Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, en Colección de Historiadores, Santiago, 1983, tomo III, pp. 49 y 63.

⁽¹⁵⁾ Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Suma y epílogo de lo más esencial que contiene el libro titulado Cautiverio feliz y guerras dilatadas del Reino de Chile*, Sociedad Chilena de Historia y Geografía y Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984, p. 135. Agrega este cronista: «llegó el tiempo de las cabas y sementeras a que se convocan los comarcanos... y se juntan más de cincuenta indios; y el que tiene la tierra dispuesta... convoca estos del distrito, y en un día concluye con sus sementeras y otro día hace lo propio el vecino».

⁽¹⁶⁾ Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo en la guerra del Reino de Chile*, Editorial Andrés Bello, 1971, pp. 87, 88, 176, 177. Este cronista hace referencia a los silos o sistemas de guarda de alimentos que habían copiado los mapuches.

Esa agricultura fue posible por la adopción del trigo, pues a diferencia del maíz que crece en las vegas, el trigo germina en cualquier parte. Hay, pues, una adaptación a la guerra y un préstamo cultural que produce un cambio alimenticio y laboral, el cual se reforzó con la invención de bodegas secretas para guardar las cosechas.

Esa agricultura nueva también permitió que la cocina araucana adoptara rápidamente otros elementos adquiridos de la cultura hispánica gracias a las indias cocineras y a las españolas cautivas.

LA COCINA

La impresión de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, quien cayó prisionero en 1628 a los veinte años de edad y permaneció siete meses en la Araucanía, viajando por distintos sectores, es demostrativa de una aculturación culinaria en forma inicial en la sociedad mapuche. Pero, también la capacidad admirable de observación de este singular testigo, le permite encontrar diferencias culturales entre los distintos grupos indígenas de la Araucanía. En su opinión, los indios fronterizos, los más cercanos al Bío Bío, eran más tradicionales a pesar de su contacto más frecuente con los españoles y también eran menos ricos, lo cual se puede explicar justamente por la necesidad de tener que reforzar su identidad y sostener la guerra. En cambio, «los de tierra adentro», es decir, los de Cautín e Imperial, eran más prósperos y conservaban muchos hábitos y costumbres que adquirieron de los españoles antiguos que vivieron en las ciudades de Angol, Imperial, Villarrica y Cañete, destruidas con la sublevación indígena de 1598. La mantención de estas costumbres hispánicas en el sector sur de la Araucanía es plenamente explicable, por cuanto cerca de 400 cautivas españolas quedaron insertas en esas regiones, influyendo decisivamente en el proceso de mestizaje racial y cultural, e incluso reforzando aspectos adquiridos previamente por los indios en su contacto con los españoles del siglo XVI.

Con la introducción de los cautivos, la comida y la cocina araucana incorporó utensilios y formas españolas en algunos sectores, especialmente en las rucas de caciques principales.

Pineda y Bascañán, el cronista del *Cautiverio Feliz*, encontró en la casa de un cacique «españolado y muy ostentativo», muchas aves, carne fresca, tocino, longanizas y pan de maíz y trigo a modo de tortillas muy bien hechas»⁽¹⁷⁾.

El mismo cronista en otro lugar, encuentra: «platos de diferentes viandas guisados de ave y pescado y marisco con diversos asadores de cordero,

⁽¹⁷⁾ Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, *El cautiverio feliz...*, op. cit. 154

perdices y terneras» y también, «buñuelos bien hechos con mucha miel de abejas empapados» ⁽¹⁸⁾.

Las indias ancianas, que durante su vida habían servido en casas de españoles como cocineras, habían aprendido en su juventud los secretos de la cocina y los modos de usar los utensilios hispánicos. Vueltas a los territorios de la Araucanía les sirven a los caciques, quienes, con su gran sentido de hospitalidad, agasajaban a sus huéspedes cautivos ofreciéndoles todo un repertorio de recetas de cocina. Así, el mismo cronista se refiere a que las indias viejas le ofrecen: «empanadillas fritas, tamales, rosquetes hojuelas, buñuelos y otras frutas de sartén». Varios guisados de aves, perdices, cordeiros gordos, pasteles muy bien hechos, pan de maíz y trigo. Todos esos platos los cocinaban manejando expertamente las ollas, asadores y sartenes teniendo en general la cocina araucana aspecto de «limpieza y aseo» ⁽¹⁹⁾.

De ahí que el cronista se refiera a los «caciques españolados»; que hay muchos mestizos entre ellos que se precian de tener plata labrada, manteles y servilletas, y esto para «una ocasión ostentativa» ⁽²⁰⁾.

Los mapuches podían pasar muchas privaciones en tiempos de guerra, pero en la paz se inclinaban por «la comilona», el gran banquete. El mismo cronista citado, nos relata una gran fiesta araucana donde se congregaron unas veinte mil personas, entre las cuales contabilizó hasta dos mil danzantes, entre mocetones, mujeres casadas y solteras que bailaban al son de tambores, flautas y cornetas. Para atender a tantos comensales los «dueños del festejo» tenían: «abundancia de cántaros, botijas, tinajones de diferentes bebidas y licores, gran suma de ganados, vacuno y ovejuno, carneros de la tierra que son como camellos y vicuñas de mucha estimación entre ellos». Agrega el cronista: «unos entraban y otros salían a brindarnos con muy gustosos sus licores, que los hacen de todos géneros de frutas y legumbres. Tenían varios guisados de diferentes aves, de pescado fresco y mariscos del mar, bien sazonados y otros regalos de pastelillos y empanadas fritas, con mucha miel de abejas, viandas de las que acostumbramos en nuestros convites, porque había muchas españolas antiguas de las ciudades asoladas, que cuando las destruyeron quedaron cautivas y entre ellas habían algunas extremadas cocineras» ⁽²¹⁾.

No obstante, no debe pensarse que este grado de aculturación era extensivo; la mayor parte de los naturales mantenían sus costumbres culinarias tradicionales y también se enfermaban al comer solamente comida española.

⁽¹⁸⁾ id. pp. 202 y 205

⁽¹⁹⁾ id. p. 301

⁽²⁰⁾ id. p. 472

⁽²¹⁾ Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *Suma y epílogo...* ob. cit. pp. 131-132

Un misionero que llegó con el padre Valdivia y estuvo en la Araucanía por esa misma época, el padre Pedro de Torrellas, refiriéndose a su acción misional entre los indios cautivos, hechos esclavos por los soldados españoles, testimonia lo siguiente: «que con el molimiento del camino y la mudanza de estado, temple y condición, morían acabadas de bautizar. Y no sólo las criaturas; pero aún muchos de los indios y indias grandes enfermaban en llegando; así por la diferencia de las comidas de los españoles, que extrañaban mucho a los principios; como por las incomodidades, que siempre el cautivo despreciado padece. Y el padre los asistía... llevándoles el regalito y la medicina, buscábales yerbas a propósito para sus enfermedades y hacía con ellos oficio de médico de sus almas y de sus cuerpos, compadecido de varios en tierras lejanas y con tanto desamparo»⁽²²⁾.

LOS CARACTERES FÍSICOS

El contacto cultural acentuó y alteró también las costumbres y los valores sobre el cuidado físico del rostro, tanto en los indios como en los españoles.

El estilo del uso del pelo, de las barbas y del bigote muestra el etnocentrismo y también un proceso de transculturación.

En algunos aspectos, los usos se mantienen y en otros se transfieren de una cultura a otra.

El cronista Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, quien vivió cautivo entre los araucanos, en su obra *Suma y Epílogo de lo más esencial que contiene el libro intitulado Cautiverio feliz y Guerras dilatadas del Reino de Chile*, dejó un magnífico testimonio de estos aspectos. El etnocentrismo se observa en el estilo del uso de los cabellos entre los mapuches, dice este autor:

«Observan una costumbre que debemos advertir y aún imitarlos que nos apreciábamos de guerreros y seguimos de Marte las pisadas... estos varones y gentiles valerosos cuando se crían entre nosotros y nos sirven como vasallos, si alguno comete delito grave que merezca pena corporal, tiene por favor y permite más bien que lo aprisionen con cadenas, cormas y grillos, y aún que lo azoten públicamente, antes que llegar a derribarle un pelo de la melena que acostumbra, por la estimación y aprecio que hace de ella; y siendo esto así, luego llega la ocasión de cogerlos lanza en la mano y continuar la guerra, sea contra su propia nación o contra la nuestra, ellos propios se quitan la coleta y hacen sus morrones y celadas de cuero de vaca, dando a entender que el soldado parece más bien con aquella insignia militar que afeminado con el cabello largo»⁽²³⁾.

⁽²²⁾ Diego de Rosales, *Seis misioneros en la frontera mapuche*, Ediciones de la Universidad de la Frontera, Temuco, 1991, p. 275.

⁽²³⁾ Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, *Suma y epílogo...*, ob. cit. p. 139.

En suma, pelo largo en la paz y pelo corto en la guerra, era el estilo de lucir los cabellos entre los mapuches.

Respecto al uso del pelo largo en el rostro, el mismo cronista afirmaba: «que es nación que no usa barba ni bigotes, que se las quitan cuando empiezan a salirles». Pero esa costumbre se alteró con la guerra y el contacto con los españoles, según expresa: «También observan estos bárbaros para adquirir estimación y dar a entender que son soldados valerosos, aquel que conocidamente ha batallado con los españoles y muerto alguno, se deja crecer la barba y el bigote, para que todos les conozcan y respeten por valerosos y valientes soldados» ⁽²⁴⁾.

El mismo cronista anota el proceso de aculturación inverso en la sociedad hispánica: «Otro peor abuso se ha introducido hoy nuestra nación española, más afeminado y ridículo, que es raparse las barbas y bigote con tanto extremo que a algunos los juzgan por expulsos de las religiones o forzados a galera» ⁽²⁵⁾.

Comprobamos que en el siglo XVII, hacia 1625, ya se han producido estos intercambios de estilo entre ambas sociedades en el aspecto que confirma plenamente como el contacto llegó a alterar un aspecto físico de mapuches y españoles.

EL VESTUARIO

En el contacto cultural, uno de los elementos de mayor atracción lo constituyó el vestuario, que con sus formas y coloridos diversos impactaba a los individuos. Además, debe agregarse que ese elemento tiene el carácter de fijar la posición social de quien luce dentro de la comunidad.

En la adopción de elementos del vestuario español por los mapuches éste perdía su sentido funcional, para exaltar la ornamentación y el adorno del cuerpo. A veces, llegar a ser el símbolo de botín guerrero, de gloria y enriquecimiento personal. Los trajes robados al enemigo eran usados como adorno en las fiestas, se transformaban en elementos que proporcionaban risas y alegrías, y que con la mofa rebajaban al enemigo.

En tiempos iniciales del contacto cultural, siglos XVI y primera mitad del XVII, eran principalmente los hombres y sobre todo los guerreros, quienes españolizaban su vestuario. De preferencia les gustaban los sombreros, luego adoptaron la lana de oveja para tejer las mantas, la cual se teñía con productos vegetales. Empero, estos préstamos culturales no lograron transformar la vestimenta araucana de hombres y mujeres, pero les proporciona-

⁽²⁴⁾ id. pág. 140

⁽²⁵⁾ id. pág. 140

ban elementos de distinción y de diferenciación. Así, los usaban a modo de disfraces, es decir, alteraban el estilo español. Según el cronista González de Nájera, algunos indios sobre el coselete se ponían una «sotana de cura» y encima un «sombbrero de muchas plumas» otros vestían «fieltros con bonetes de clérigos»; otros se visten con «casulla y capas de coro y otros ornamentos de iglesias que robaron y violaron»⁽²⁶⁾. El famoso cacique Anganamón, responsable del asesinato de los tres jesuitas mártires de Elicura fue descrito por otro cacique cristiano luego de su acción: «bebiendo y bailando con los vestidos y ornamentos sagrados de los Padres»⁽²⁷⁾.

El cronista Diego de Rosales describía al toqui Lautaro, ya españolizado, en su traje de guerra: «Estaba el arrogante Lautaro, armado de en punto acerado, cubierto con una camiseta colorada, con un bonete de guerra en la cabeza con muchas plumas».⁽²⁸⁾

Había, pues, una difusión e infiltración de elementos culturales materiales de una sociedad a otra, un ejemplo de traspaso. Pero así como el vestuario cumple con el sentido e ideal de la ostentación en mapuche, el indio aborrece al huinca mal vestido o empobrecido; eso le causaba mofa del enemigo y un hondo desprecio.

MATRIMONIO Y MESTIZAJE

La unión conyugal entre españoles e indias es un proceso histórico incuestionable desde el inicio del proceso de conquista americano y Chile no fue una excepción a ello. Donde se instalaron los conquistadores hispánicos se iniciaba rápidamente la interacción sexual con los aborígenes. Y la Araucanía sería un espacio donde ambas sociedades se encuentran y se mezclan desde la fundación de los primeros fuertes y ciudades en la región. A lo menos, durante los cincuenta años finales del siglo XVI, el proceso aludido se realizó en los espacios urbanos y en los alrededores de la antigua Concepción (Penco), en Angol, Villarrica, Valdivia, Osorno y también cerca del fuerte Arauco y en otros lugares más imprecisos.

Esta unión implicó procesos de aculturación en ambas sociedades, la mapuche y la española, y se dio en el plano de los valores, de la mentalidad y del mundo material.

Este proceso histórico, sin embargo, es difícil de comprobar documentalmente por la pérdida de los libros parroquiales de esas antiguas ciudades, pero también porque formaba parte de la historia espontánea de la vida misma.

⁽²⁶⁾ Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo...*, ob. cit. p. 115.

⁽²⁷⁾ Diego de Rosales, *Seis misioneros*, op. cit. p. 273.

⁽²⁸⁾ Diego de Rosales, *Historia General del Reino de Chile*, ob. cit. p. 36.

Afortunadamente para nosotros, la edición de nuevas fuentes documentales sobre la Araucanía, que la actual generación de historiadores ha hecho, permite abordar el tema con mayor precisión. Los textos inéditos del Padre Diego de Rosales, de sus cuarenta biografías sobre misioneros jesuitas que actuaron en la región, de las que se han publicado seis, nos han permitido recoger datos que muestran un proceso de evangelización y de convivencia marital correspondiente al período de fines del siglo XVI.

Citamos a continuación algunos de estos testimonios que refrendan ese proceso, pero previamente, hay que señalar que en la sociedad mapuche imperaba la poligamia y en la española la monogamia.

En la biografía correspondiente al Padre Alonso del Pozo, jesuita nacido en Chile, que hablaba la lengua mapuche, el cual fundó la misión del Tol-tén Bajo en 1648, se recogieron estas experiencias y encontramos testimonios que permiten percibir estos hechos.⁽²⁹⁾

«Entró un indio viejo llamado Alonso, a ver al Padre diciendo alabado sea Jesucristo... coligiendo que sería cristiano de los antiguos, le preguntó si lo era... a lo que respondió que cuando niño lo habían bautizado y puesto por nombre Alonso y que su cura le había enseñado las oraciones con los otros muchachos. Repitiólas en lengua española... y repitiéndole el padre las oraciones en su lengua, se alegró notablemente de oírlas. Esas oraciones si que son buenas, que las entiendo yo, y sé lo que digo en ellas, enséñemelas, deseo saberlas». Había vivido este indio siempre en temor de Dios y guardando la ley natural y evangélica y nunca había tenido dos mujeres juntas, aunque había tenido siete, porque en muriendo una se casaba con otra.⁽³⁰⁾

El documento muestra un indio evangelizado, monógamo y bilingüe inicialmente, lo que implica aculturación.

Otro texto expresa: «Habitaba en esta tierra un español llamado Rodrigo de Cuevas, que en el alzamiento general lo cautivaron los indios y por ser tan niño e inocente, le perdonaron la vida... Este español se crió entre los bárbaros, no supo otra doctrina ni otra ley sino la que ellos «usaban»: y así, tenía cuatro mujeres, muchos hijos y parentelas, y un hijo que se fue a Valdivia con los padres jesuitas, donde pidió ser aceptado como padre coadjutor de la Compañía».⁽³¹⁾

El testimonio es magnífico, un español indianizado con costumbres polígamas y sin cristianización.

Citamos otros casos más: «Dos españolas que desde niñas estuvieron cau-

⁽²⁹⁾ Diego de Rosales, *Seis misioneros*, ob. cit. pp. 39 a 114: véase, Biografía del Padre Alonso del Pozo.

⁽³⁰⁾ id. pág. 67

⁽³¹⁾ id. pág. 62

tivas entre los indios, vinieron a ver al Padre a Toltén, la una muy vieja y tullida que no se podía menear de una cama, ésta se hizo traer desde muy lejos río abajo en una canoa y cargada la llevaron a la Iglesia a ver al Padre que recibió grandísimo consuelo, oyó la palabra divina, dispúsose para una confesión general de toda su vida, que había pasado en miserable cautiverio sujeta a la voluntad de aquellos bárbaros. Y aunque estaba tan mala, no quiso volver a su casa, hasta la Pascua, en que recibió al Señor, que nunca lo había recibido».

«... La otra española cautiva se llamaba Teresa, y era tan niña cuando la cautivaron que apenas hablaba, conque no sabía hablar en español, y sólo hablaba en la lengua de los indios... Confesóse con el Padre y era la más continua en ir a aprender a rezar, iba también con los niños con el deseo de saber, no avergonzándose que era española, y no sabía las oraciones». ⁽³²⁾

Ambas españolas criadas en tierras indígenas, no evangelizadas y una hablaba el mapuche y no sabía el español.

El proceso histórico también trastrocó los valores y las costumbres de los antiguos sacerdotes cautivos en tierra de indios:

Decía el cacique Lepumante: «Yo te quiero dar una mujer, para que no estés tan solo y tengas gusto con ella. Oyendo esto el Padre le dijo: no me trates de estas cosas, Lepumante, si me quieres bien, que los Padres no tenemos mujeres y hacemos votos de castidad... No repares en eso, dijo el cacique, que es otro tiempo; ya la tierra se ha alzado y todas las cosas están trocadas, y no tienes obligación de ser Padre, sino como uno de nosotros, pues vives en nuestras tierras y te tenemos como a un cacique principal, y los caciques tienen muchas mujeres: que así lo hicieron en el alzamiento antiguo los curas que se quedaron con nosotros, que se casaron y tuvieron mujeres. Fulano y Fulano las tuvieron y muchos hijos con ellas. Y Fulano se huyó de la Imperial con una mujer, y se fue a los enemigos y vivió allá con ella... Estos malos ejemplares y estos ejemplos escandalosos tenían muy en la memoria los indios»... El cacique «le hizo que le llevasen a una india que había vivido cautiva de los españoles, india mayor, entendida y hábil para todo». Llévóse la india al Padre y díjole: «esta buena india para ti, que ha servido españoles y sabe de todo... ténla, aunque es vieja, que después te buscaré una moza...»; habiéndola rechazado el Padre, prosigue el cacique diciendo: «tienes razón... por eso estiman tanto los indios en todas partes, porque saben que con vosotros están seguras las mujeres e hijas». ⁽³³⁾

En resumen, en el tema de la aculturación, el cacique Lepumante tenía razón al decir: «que ya es otro tiempo, ya la tierra se ha alzado y todas las cosas están trocadas».

⁽³²⁾ id. pág. 63

⁽³³⁾ id. pág. 105. Se refiere la estimación de los indios a los padres de la orden jesuita.

Luego en la sublevación de 1598 y la destrucción del emplazamiento urbano español en la Araucanía, la españolización como proceso cultural decrece, pero había dejado su impronta en la sociedad mapuche. Muchos cautivos y cautivas españolas habían quedado dentro del territorio, se extiende el mestizaje y los matrimonios mixtos, predominando la cultura mapuche.

Alonso de Ovalle, que visitó la Imperial hacia mediados del siglo XVII, confirma la existencia de una sociedad mixta, y dice:

«Deste puesto pasó el campo a la Imperial, fin y remate desta jornada, donde estaban esperándoles sesenta y tres caciques de todas parcialidades. Viéronse aquellas vegas cubiertas de jente, hombres, mujeres y niños, cultivando sus sementeras de trigo, maíz y demás legumbres. La jente muy bien dispuesta, jeneralmente blanca, de naturales dóciles, blandos y amorosos. Hay en toda la costa y ribera del río muchos mestizos, hijos de las españolas cautivas, muy blancos, rubios y garzos, todos bautizados por los cautivos españoles, aunque sin óleo ni crisma; los indios también, por lo general, son cristianos, y los antiguos que se criaron con los españoles, antes que se levantasen con esa ciudad, les tiene cariño y amor. Conservan cruces en sus casas, invocan el dulcísimo nombre de Jesús cuando estornudan, tropiezan o se lastiman. Muéstranse bien afectos a las cosas de nuestra santa fe católica. Claman por los padres de la Compañía de Jesús que viven entre ellos y les enseñan las cosas de su salvación; y los que instan más en esto son los desdichados españoles cautivos, que aunque tienen ya más libertad para salir del cautiverio, o ya por la vergüenza de parecer entre los suyos olvidados de la policía y nativa lengua, o lo que es más cierto, por estar ya tan enviciados en las costumbres de los indios y casi como ellos en su modo de vivir, porque la costumbre tan envejecida se ha hecho como naturaleza, y hay español destos que tiene veintiocho hijos y un gran número de nietos y nietas, que son otras tantas amarras o raíces que los tienen asidos a su desdicha y con notable olvido de Dios». ⁽³⁴⁾

Las cautivas españolas fueron tomadas por los mapuches como mujeres «legítimas», dentro del sistema de poligamia imperante, es decir, una esposa más, y si ellas se resistían al deber conyugal, las obligaban.

A los hijos mestizos los trataban igual que a los otros, pero se oponían a que practicasen el catolicismo. Algunas españolas los mataban al nacer. Las monjas corrían igual suerte que las otras cautivas. No todas sufrían ese aparente castigo, sino más bien, se adaptaron, su vida era la misma que la de las indias, cuidaban el ganado, eran pastoras, recogían leña, sembraban, cocinaban, molían los granos ⁽³⁵⁾. La mujer española no lograba una posición

⁽³⁴⁾ Alonso de Ovalle, *Histórica relación...* ob. cit. p. 331.

⁽³⁵⁾ Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo*, ob. cit. p. 68.

especial sino la del marido que la obtuvo. Los mestizos eran criados según la cultura mapuche, hablaban la misma lengua y se les impedía orar y hablar el español.

El mestizaje se desarrolló preferentemente en los aillarehues de «tierra adentro», en Imperial, Toltén y la Mariquina ⁽³⁶⁾. El Padre Juan Moscoso, según Diego de Rosales, «sacó del poder de los indios muchos españoles y señoras cautivas; llevólas a Valdivia y allí las casó, buscándoles limosnas para vestir las: hizo muchas confesiones generales de toda la vida de estos cautivos y compadecíase en gran manera de ver tantos hijos e hijas de estos miserables, y la sangre española tan derramada entre bárbaros y criados en sus costumbres, por haber nacido en tierra de guerra, sin noticia de Dios ni conocimiento de su Santa Ley». ⁽³⁷⁾

CONCLUSIONES

Este trabajo es un avance inicial en el estudio del período conocido como de la Guerra de Arauco comprendido como un proceso cultural. Nuevas investigaciones permitirán en el futuro precisar las dimensiones en cuanto a la profundidad y extensión de ese proceso histórico y su impacto real en la sociedad mapuche y en la sociedad hispánica regional en los siglos XVI y XVII.

Por ahora, deseamos plantear sucintamente los resultados de esta comprensión inicial:

1. El proceso bélico en la Araucanía no fue el único y principal factor en las relaciones entre mapuches y españoles durante el período de la conquista.

2. La aculturación como proceso histórico, cultural y antropológico, existió desde los inicios del contacto entre ambos pueblos.

3. Temporalidad: El proceso de aculturación como préstamos de distintos aspectos de la cultura hispánica a la mapuche fue más intenso entre 1550 y 1598, cuando la presencia de los españoles estuvo inserta dentro de la región de la Araucanía, con unas 7.000 personas, mediante la instalación urba-

⁽³⁶⁾ Aillarehue es un concepto espacial del territorio araucano, que en su acepción social equivalía a un conjunto de familias y jefes que habitaban cierto sector geográfico, también, se entendía como lugares con mayor densidad de población aborigen. Los nombres dados a los aillarehues por los mapuches, indicaban características propias del medio natural que circunda el hábitat, por ejemplo, lugares donde crecían cierto tipo de plantas, flores, etc. A fines del siglo XVIII, se reconocían 39 aillarehues, véase: Luz M. Méndez, «*La población indígena, su distribución espacial...*», pp. 18 y 19; 29 y 30.

⁽³⁷⁾ Diego de Rosales, *Seis misioneros*, ob. cit. p. 348.

na y militar, y con el consiguiente mestizaje, intercambio de valores y de diversos aspectos de la cultura material. ⁽³⁸⁾

Entre 1603 y 1655, decrece el impacto cultural directo pero se observan los resultados del proceso anterior, en la preservación de diversos aspectos de la cultura hispánica en los mestizos e indios evangelizados que permanecieron aislados dentro de algunos sectores del territorio mapuche. Esto permitió el desarrollo de la obra misionera jesuita en el s. XVII.

4. La espacialidad: La aculturación no involucró a toda la sociedad mapuche, sino a ciertos grupos de ella situados en distintas áreas de la región. En especial, en aquellos sectores donde la presencia hispánica fue real y constante, es decir, en los lugares donde hubo ciudades, faenas agrícolas y actividades mineras.

Los cronistas distinguen dos sectores de indios dentro de la región:

a) los «indios fronterizos», vale decir, los mapuches que vivían más próximos al río Bío Bío y Laja, que fueron los grupos que tuvieron que soportar las acciones bélicas y el impacto del embate hispánico coadyuvado por los indios yanaconas. Sector que reforzó su tradición cultural y fue más impermeable a la aculturación, mostrando efectivamente una gran resistencia a la penetración, especialmente a fines del s. XVI y en la primera mitad del s. XVII. Estos grupos se localizaban de preferencia en la región de Malleco y Cautín en el valle central, los de Purén, en la región sur de la cordillera de Nahuelbuta y los del área costera sur de Arauco.

b) El otro sector, denominado «indios de tierra adentro» que eran los que vivían en el área sur de la región y en especial en los valles de los ríos Imperial, Toltén y en la Mariquina, lo cual equivale a un sector de indios mapuches y de huilliches. Estas comunidades habían tenido un contacto más directo con los españoles por estar próximas a las dos ciudades más impor-

⁽³⁸⁾ Gabriel Guarda, *Historia urbana del reino de Chile*, Edit. Andrés Bello, Santiago, 1978, pp. 37, 41, 43, 46 y 47.

Los datos que entrega el autor sobre los vecinos y habitantes españoles y mestizos para las ciudades del sur del país, son los siguientes:

CIUDAD	VECINOS	ESPAÑOLES
Concepción	60	150
Angol	150	900 a 1.200
La Rica (Villarrica)	120	720 a 960
Imperial	--	1.200 a 1.380
Valdivia	230	1.340 a 1.840
Osorno	50-80	1.000 a 1.152

Esto permite el cálculo de 7.000 españoles en la Araucanía a fines del siglo XVI.

tantes del s. XVI en la región como fueron Imperial y Valdivia. En ese ámbito fue más perdurable el proceso de aculturación y el mestizaje inicial; luego, los cautivos que quedaron en el territorio indígena después de la gran sublevación de 1598, permitieron transferir muchos aspectos de la cultura española a los mapuches en un proceso que se extendió por el s. XVII.

5. Distorsión cultural: Los cambios unidos a los vaivenes de la guerra, a procesos de esclavitud y a coyunturas en el proceso histórico provocaron distorsión en ambas culturas; es así como tanto los cronistas españoles, como los jefes indios tuvieron conciencia que su propio universo cultural se había dislocado.

BIBLIOGRAFÍA ESPECIALIZADA

- BENGOA, José. *Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones SUR, 1985.
- GUARDA, Gabriel. *Historia urbana del Reino de Chile*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- JARA, Alvaro. *Guerra y sociedad en Chile y otros temas afines*. Santiago, Editorial Universitaria, 1984. Primera edición en Francia, 1956.
- JARA, Alvaro; Pinto, Sonia. *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile. Legislación 1546-1810*, 2 vols. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1982.
- JARA, Alvaro. *Trabajo y salario indígena. Siglo XVI*. Santiago, Editorial Universitaria, 1987.
- MÉNDEZ, Luz María. «La organización de los parlamentos de indios en el siglo XVIII». En *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Santiago, Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1982.
- MÉNDEZ, Luz María. «El trabajo indígena en la frontera araucana de Chile», en *Jahrbuch für Geschichte von Lateinamerika*, Band 24, Colonia, Alemania Federal, 1987, pp. 219 a 249.
- MÉNDEZ, Luz María. «La población indígena, su distribución espacial y el proceso de aculturación en la Araucanía (siglos XVII y XVIII). El Recuento de 1796». En *Memoria Americana*. Cuadernos de Etnohistoria N°3, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas y Letras, 1994, pp. 9 a 40.
- VILLALOBOS, Sergio. *Historia del pueblo chileno*, vol. I. Santiago, Editorial Zig Zag, 1983.
- WACHTEL, Nathan. *Los vencidos, los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Alianza Universidad, 1976. Primera edición en Francia, 1971.